dose la hora del comer, se despidió de estos, diciéndoles que iba á servir á la mesa por tener aquel día señalado; los caballeros se admiraron de que en tal edad y después de tantos oficios, se ocupase en aquellos ministerios: pero el Padre los certificó que ninguno de ellos se regocijaba tanto de pasar la carrera en un muy lindo caballo, cuanto él se regocijaba de servir en su refectorio á sus Hermanos. En la misericordia y compasión con los pobres fué señaladísimo, socorriéndolos por cuantas vías podía y negociándoles las limosnas de los que trataba; y cuando fué Superior tuvo notables arbitrios para hacer limosna cuanta le permitían los Provinciales. Y en esta su última vejez, pedía licencia para dar á los pobres lo que otras personas le enviaban para su regalo. El sufrimiento, paciencia y tolerancia, parecía sobresalir sobre todas sus virtudes, casi toda su vida padeció continuos achaques, en especial de los ojos, cabeza y estómago, del vaso y del hígado, de gota y de hidropesía, y todos los sufría sin dar cuidado, ni ser cargoso á los que le curaban. En la enfermedad prolija de apoplegía, y en otras muchas ocasiones de aflicción y congoja, y aun de calumnias y testimonios, nunca se le oían otras palabras, sino de acción de gracias y de alabanzas de Nuestro Señor, porque en estos trabajos, y otros interiores más graves de sequedad y desamparo de las consolaciones que en otro tiempo sentía, se pudo muy bien decir lo que del otro paciente canonizado: *immobilis in Dei timore permansit, agens gratias Deo omnibus diebus vitæ suæ.*

Crecían ya en estos últimos años sus deseos de verse desatado de la cárcel del cuerpo, y porque Dios se lo cumpliera ponía por intercesores á sus devotos santos del Cielo; y finalmente, viendo que se le dilataban, se quiso valer del favor é intercesión de su devotísima Madre y Señora la Santísima Virgen, á quien con tiernísimo afecto de hijo se determinó de escribirle una carta ó memorial lleno de devotísimas quejas y ardientes suspiros, como derramando ante sus misericordiosos ojos el corazón, pidiéndole con amorosa confianza le cumpliese sus antiguos deseos de verla y gozar de su soberana hermosura, y del piélago del infinito bien de que ella gozaba, y para asegurar más el buen despacho de su memorial, quiso que corriese por mano de su fidelísimo amigo Padre Antonio Arias, que muchos años antes había muerto, habiendo sido devotísimo hijo y Capellán de la Santísima Virgen, y así, el sobrescrito de la carta ó memorial, era éste: *Deo et Virgini, dilecto Patri Antonio Arias, in cœlesti Societate Jesu.* Que fué lo mismo que decir: este memorial se presenta á Dios debajo de la protección de la Virgen, y por mano del amado Padre Antonio de Arias, de la Compañía celestial de Jesús.

Alegábale á este santo Padre y fidelísimo amigo el Padre Carvajal, la amistad antigua que en la Tierra se tuvieron, y la caridad más refinada que ya gozaba en la gloria, y compasión que debía tener de su amigo en su mayor necesidad, y á conseguir por sus ruegos la última gracia y beneficio de su pretensión.

Y últimamente, parece que por este medio la consiguió, habiendo Nuestro Señor ejercitado á este su siervo con un achaque de apoplegía que le acometía muchas veces y le daba bien que padecer: confesábase muchas veces como para morir, y con esos continuos recuerdos estaba tan sobre aviso, que apenas asomaba el accidente ó salteaban sus pretensiones, cuando comenzaba en alta voz á decir el Credo

y quería que todos los circunstantes le ayudasen á repetirlo, y á invocar los dulcísimos nombres de Jesús y María, tan impresos en el alma hasta la última hora, que aun cuando no tenía sentido para otra cosa, sólo atendía y oía cuando se los repetían, y él mismo se esforzaba para pronunciarlos. Recibió finalmente la Extremaunción, que otras veces recibida no lo había sido para él, cuando en semejantes extremos le ponía esta enfermedad por espacio de tres años, y porque no le impidiera el socorro del Viático, acostumbraba á levantarse muy temprano á las mañanas, sin que bastasen muchas contradicciones que tuvo aquesta su prevención á costa de mucho trabajo y quebranto suyo, como quien pretendía hacerse digno de la bendición celestial de este soberano maná, como le sucedió el día antecedente á su última enfermedad, y víspera de su muerte, que fué maravilla poder levantarse y salir á la Capilla á recibir la sagrada Comunión. Murió el año de 1647, y de 85 años de edad, santamente empleada y lograda, pues los 64 vivió con grande ejemplo de religión en la Compañía, y casi los 50 en el grado de profeso de cuatro votos, y con otra circunstancia muy particular á lo del siglo, y notada en la ciudad de México, que habiendo sido este varón religiosísimo hijo de los principales conquistadores de este reino y Nuevo Mundo, vivió muchos años después de muertos, ellos y todos sus hijos, y le llamaban el último hijo del conquistador de la Nueva España, y por su grande religión muy amado y estimado en ella.

CAPITULO XXIV.

Vida muy religiosa y ejemplares virtudes del Padre Alonso Gómez Cervantes, de la Compañía de Jesús. Año de 1634.

Aunque según la sangre fué muy noble, y emparentado con la mayor nobleza de la Nueva España el muy religioso Padre Alonso Gómez Cervantes, pero mucho más noble por sus muy señaladas y ejemplares virtudes, con que por tiempo de 36 años edificó nuestra Provincia Mexicana, que lo tuvo por hijo; porque desde el tiempo que fué recibido en la Compañía y comenzó su noviciado, dió muestras de la eficacia con que había sido llamado á ella de Nuestro Señor, renunciando con grande liberalidad las esperanzas de todo lo que en el siglo podía tener, según la nobleza de sus padres y parientes. Comenzó á darse á la virtud con tanto fervor, que era el ejemplo de ella y de humildad á los demás sus connovicios, y lo mismo conservó en el tiempo de sus estudios; porque fué cosa notada en el Padre Alonso Gómez, que todo el tiempo que vivió en la Compañía, y en las varias ocupaciones que en ella tuvo, siempre conservó un tenor y uniformidad de vida tal, que no se le notó mudanza ó decaecimiento en los ejercicios de virtud en que se empleaba, y ministerios en que lo ponía la santa obediencia.

En el que se ocupó por casi veinte años, y en que mostró lo fervien-

te de su caridad, y celo del bien de los prójimos y salud de las almas (profesión tan propia de los hijos de la Compañía), fué en las misiones y doctrinas que ella tiene en esta Provincia, entre gentes bárbaras y naciones que de nuevo se van convirtiendo á nuestra santa fe, donde fueron grandes los trabajos y peligros que padeció por la predicación evangélica, y los frutos que cogió este operario de la viña del Señor. Porque demás de los que consigo se traen estas apostólicas empresas, fué particular en el Padre Alonso Gómez haberle cabido en suerte la misión de la Sierra de Topia, cuyos caminos (como escribiremos en los Triunfos de la fe) son de las más ásperas y encumbradas montañas que en el Nuevo Mundo de las Indias se han descubierto, y estos asperísimos caminos y quebradas atravesó el Padre innumerables veces por tiempo de diez y seis años que doctrinó estos pueblos, procurando con grande caridad, sin perdonar á trabajo, acudir al remedio de estas almas, como se conocerá por el suceso y caso muy señalado que se sigue. Llamáronle á deshora para que fuese á confesar á unos enfermos de su partido, y el ferviente Ministro del Señor se puso luego en camino en tiempo y ocasión que le era forzoso atravesar unas quebradas y montañas tan encumbradas, que por su altura y aspereza tienen por nombre los altos de la Sierra, y no se suele caminar por ellas, sino cuando estorban el paso las crecientes de las aguas que corren por lo profundo de las quebradas: caminando, pues, el Padre por caminos tan ásperos por socorrer á sus enfermos, llegó á un paso tan peligroso, que perdiendo pie la cabalgadura en que iba, él y ella se derribaron por una ladera abajo, tan profunda, que los indios que acompañaban al Padre juzgaron que se había hecho pedazos, y por la profundidad de la barranca no veían dónde había parado, ni aun sabían cómo podían bajar á socorrerle (pasé yo después por este camino, y confieso que causaba grima sólo el volver los ojos á la profundidad de esta quebrada). Finalmente, los indios se hallaron llenos de pena y confusión, porque no descubrían de lo alto adónde había ido á parar su Padre; ni lo supieran, si un perrillo que solía llevar en los caminos, y como fiel compañero había buscado por dónde seguir á su amo, no avisara con ladridos la parte adonde había ido á parar; bajaron con gran dificultad, y halláronlo todo estropeado y quebrantado, y les parecía cosa milagrosa que hubiese llegado allí con vida; de donde sacándolo con mucha dificultad y trabajo le volvieron á su pueblo. Y como en estos puestos, adonde por el amor de Cristo y de las almas redimidas con su sangre, se destierran estos ministros evangélicos, ni hay médicos ni medicinas, sabiendo el caso los superiores dieron orden para que, en estando con algunas fuerzas el Padre Alonso Gómez, le llevasen á curar á nuestro Colegio de Guadalajara, porque no quedase totalmente inútil un sujeto tan provechoso. Pero aunque en este Colegio le curaron con toda caridad, con todo, como la caida y quebrantamiento de todo el cuerpo había sido tan grave, le quedaron tales rastros y reliquias de ella, que toda la vida tuvo el buen Padre mucho que padecer, lo cual él sufrió con muchas muestras de alegría y conformidad con la voluntad divina.

Enflaquecido quedó siempre el cuerpo y salud del Padre Alonso Gómez, con las heridas y golpes que había recibido por acudir á los ministerios santos de su primera misión, pero no por eso se enflaquecía y debilitaba en él la caridad y el deseo que siempre tuvo de em-

plearse en la ayuda de la salvación de los pobres indios. Y así, no obstante que había trabajado tantos años en su primera misión, y había salido tan estropeado de ella, le hubieron de señalar los Superiores para otra que no fuese tan difícil en sus caminos como la primera: ésta fué la que se llama de las Parras, donde por tiempo de otros tres años tuvo empleo su ferviente caridad. Fué ésta tan estremada para con los pobres indios, que deseando el señor Obispo de Guadalajara, Don Juan de Cervantes, tío suyo, sacarle de las misiones y llevarle consigo al Colegio que la Compañía tiene en esa ciudad, para tenerlo cerca de sí y ayudarse de su buen juicio y talento en el gobierno de su obispado, y aunque alcanzó Su Señoría licencia de los Superiores para esto; pero el Padre estaba tan contento en su humilde, aunque evangélica ocupación, é hizo tantas diligencias y alegó tantas razones para quedarse en ella, que Su Señoría tuvo por bien carecer de este consuelo, porque no careciese el Padre del que tenía de quedarse entre sus indios. Y no fué sola esta vez la que mostró el Padre Alonso Gómez cuán despegado estaba de carne y sangre, y que sólo deseaba emplearse en la ayuda de las almas, según su profesión de hijo de la Compañía; porque pasando después por México á su Obispado otro señor Obispo de Guadalajara, Don Leonel de Cervantes, primo hermano del Padre, y haciendo las mismas diligencias que el pasado para llevarlo consigo Su Señoría, y ayudarse de su consejo en el gobierno de su Iglesia, no pudo recabar de él que viniese en semejante pretensión, aunque tan honrosa. Pero ya que estos Ilustrísimos Prelados no pudieron conseguir lo que pretendían del Padre Alonso Gómez, hacían tanta estima de su consejo y dirección, que se la pedían por cartas que le escribían, las cuales después de muerto se hallaron entre sus papeles.

Casi veinte años había gastado el Padre Alonso Gómez, en las dos misiones en que estuvo padeciendo grandes incomodidades, peligros y trabajos por el bien y salud de sus prójimos, y de los indios en particular; y echando de ver los Superiores que todavía duraban en él los achaques y falta de fuerzas que le quedaron de su antigua caida, determinaron traerle á nuestra Casa Profesa de México, donde ayudase en los ministerios para que le diesen lugar sus flacas y gastadas fuerzas. El tiempo que estuvo en esta Casa, que fué hasta su muerte, era el consuelo de todos por su apacible trato y condición, porque no obstante que del tormento y quebrantamiento de la caida le resultó un ramo de melancolía y mal de corazón que á veces le afligía; pero él llevaba ese trabajo con tan apacible semblante y conformidad con la voluntad de Dios, que á nadie era molesto. Aquí se ocupaba en nuestros ministerios, en particular en el del confesonario, donde era muy continuo, sin ser menester que los días de concurso lo llamase el portero, y con mucha medra de los que con él se confesaban. Y para que no le faltase tiempo para sus ejercicios espirituales, se levantaba las mañanas antes de la Comunidad, y sin faltar día alguno, aunque fuese de fiesta, hacía disciplina, y cuando entraba el despertador lo hallaba ya en su oración de rodillas. Tenía distribuidas sus meditaciones en estampas y rótulos que tenía al pie de un Santo Crucifijo, delante del cual tenía su oración; la cual, acabada, se quedaba de rodillas para oir las confesiones de los de casa, que venían á su aposento por ser el confesor señalado de los nuestros, que tenían particular

gusto y consuelo en confesarse con él. Iba luego á decir Misa, la cual celebraba con mucha devoción y ternura, y con la misma daba gracias, en las cuales (si la ocurrencia de las confesiones no era mucha) se detenía más que lo ordinario: en las oraciones vocales ponía particular atención, y las siete horas canónicas rezaba de rodillas; y á su tiempo, con mucho sosiego, el rosario de la Virgen y otras muchas oraciones que con su distribución tenía escritas; de las cuales nunca faltaba, con ser tantas, que parecía que no le era bastante el tiempo para cumplir con ellas. Pero no le faltaba al Padre, porque lo guardaba con el retiro que tenía en su aposento, y recogimiento que observaba en sus sentidos atentos á Nuestro Señor; con tanta alegría, que los que le veían juzgaban que esa le nacía de la interior paz de su alma.

Uno de los ministerios en que, con orden de la obediencia y con mucho fruto de las almas, se ocupó el Padre Alonso Gómez el tiempo que vivió en la Casa Profesa, y en que le cogió su dichosa muerte, fué en confesar á sus tiempos y hacer pláticas espirituales en los conventos de religiosas de México, donde era grandemente estimada su doctrina. Y parece que Dios tenía guardado darle el premio de sus muchos y santos trabajos para cuando estuviese ejercitando este santo ministerio. Porque habiéndose encargado el año de 1634 de hacer las pláticas de Adviento á las religiosas del Convento Real de Jesús María de México, escogió por tema de ellas la parábola del Salvador, de las diez vírgenes, y llegando en una de ellas á ponderar aquellas palabras: *Ecce sponsus venit; exite obviam ei*, con voz alta y mayor afecto, sucedió que se quedó poco tiempo suspenso, y los ojos en el Cielo, y deslizándose luego de la silla en que estaba, cayó en tierra sin sentido. Deshacíanse las Religiosas en lágrimas con el caso repentino y por no poder socorrer al que amaban como á padre; acudió luego el compañero, y con otros que le ayudaron lo levantaron y llevaron á la peana de un altar, donde lo abrigaron con los manteos mientras se buscó una silla de manos, en que aún con dificultad le pudieron llevar á nuestra casa, dudando si aquel era el accidente de mal de corazón que le solía dar algunas veces; llamóse al médico, aplicáronsele los más eficaces remedios que parecieron convenientes, los cuales no aprovecharon porque se conoció que era fuerte apoplegía, por medio de la cual quería Dios llevar para sí á este su siervo; y así, recibidos los Santos Óleos, se lo llevó su Majestad al Cielo. Porque bien se echaba de ver que tal muerte como ésta no se pudo llamar repentina, sino muy premeditada del Padre Alonso Gómez, y preparada para esta ocasión con particular providencia de Dios á este su siervo. Porque demás de haber sido varón tan ejemplar toda su vida, le había prevenido Nuestro Señor para ella con el recogimiento de unos ejercicios de diez días que había tenido, veinte antes que muriera; en los cuales hizo una confesión general de toda su vida, diciendo que no sabía si podría hacer otra en toda ella. Y el Hermano que le acompañó el día que iba á hacer la plática al Convento, refería que en el camino le fué tratando de la muerte con singular afecto, y que le imprimía sus palabras en el corazón por el espíritu con que las decía. Y así, con razón se pudo decir de tal muerte que no fué repentina, sino muy premeditada y prevenida. Y que, cuando pronunció aquellas palabras con que quedó suspenso, y acabó la plática exclamando: *Ecce sponsus venit; exite obviam ei*, ya él se había prevenido para recibir al Esposo, al cual ya él lo había recibido aquel mismo día, porque en él se había confesado y celebrado el santo Sacrificio de la Misa. Y concurrió otra particular circunstancia también en la muerte de este siervo de Dios, que la hizo dichosa, que fué morir víspera de la Inmaculada Concepción de la Virgen Santísima, de quien fué devotísimo, y él solía decir que deseaba morir en día ó en octava de alguna de sus festividades, en cuyas vísperas procuraba hacerle á esta Soberana Señora algún particular servicio, añadido al ordinario de su penitencia; como ayuno de pan y agua, ó disciplina pública en el refectorio, y todos los sábados haciendo alguna mortificación en él, y rezándole todos los días su oficio. En todas las virtudes, finalmente, dió grande ejemplo el Padre Alonso Gómez, principalmente en la guarda de las constituciones y reglas de la Compañía, de que traía examen particular cuando murió, y de que hacía tan grande aprecio, que solía decir que con la guarda y observancia de ellas alcanzaría uno santidad y perfección religiosa. En ellas aprendió el Padre la grande obediencia que guardó, de suerte que no sabía proponer á cosa por dificultosa que fuese, que le mandasen los Superiores, y así, cuando después de haber salido tan estropeado y quebrantado de la primera misión, segunda vez le mandaron que fuese á la de Parras; aunque no estaba del todo sano, se puso luego en camino con singular gusto, diciendo que estimaba más el ayudar á los indios, que todos los tesoros del mundo, y deseaba dar la vida en aquella ocupación; y sólo sentía que en ella lo hiciesen superior de los demás sus compañeros. En las reglas aprendió la grande humildad que resplandecía en él. Todo su blanco era ponerse en los oficios y lugares más bajos, buscando medios para humillarse y esconderse, y que no se supiese quién era en el siglo; y aunque todo lo más noble de México eran sus parientes, rarísimas veces los visitaba, diciendo que no los había menester. Y si alguna vez los veía, era en tiempo que estuviesen en alguna necesidad y trabajo y cuando la caridad lo pedía: encubría también como verdadero humilde los buenos talentos que Dios le había dado, pidiendo no le ocupasen en sermones de concurso y autoridad, pero hallábanle pronto para suplir faltas de aquellos sermones que no la tenían. Mostróse también la observancia del Padre Alonso Gómez, en que las cosas más menudas de su cargo y licencias que para ellos tenía, las registraba con sus Superiores, como se conoció por sus cartas después que el siervo de Dios murió. Y si, atendiendo á sus achaques y poca salud, le concedían, sin pedirlas él, algunas licencias; ó si le traían de fuera alguna cosa de regalo, y tenía por su enfermedad licencia para recibirla, la volvía á registrar; ó pareciéndole que sus achaques no necesitaban de aquel alivio, si en casa había otro enfermo, empleaba en él aquella caridad. Y ésta usaba también con sus indios cuando estaba en su misión, de suerte que jamás iba á visitar enfermo que no le llevase algo de su comida, y cuando escribía á México pedía que de su limosna le enviasen medicinas y otras cosas con que poderlos curar y regalar, poniendo algunas veces á riesgo su salud, por no faltar á la caridad, que procuró siempre guardar con sus prójimos.

Habiendo, pues, sido la vida del Padre Alonso Gómez tan ejemplar, no es mucho que su muerte fuese tan sentida de los nuestros, como lo fué, porque en él hallaban los de casa consuelo; y los de fuera, sus hijos de confesión, con el amor que le tenían le mandaron de-

cir muchas Misas; y uno de ellos, veinte el día que murió. En los conventos de religiosas se le dijeron cantadas, y el día de su muerte, con el doble de sus campanas mostraban el sentimiento con que quedaban con la falta de tal varón y Padre suyo espiritual, que murió de 56 años de edad, y los 36 de religión en la Compañía de Jesús; el cual, profeso de cuatro votos, pasó á la gloria á recibir el premio de su religiosa profesión, y de los santos ministerios que ejercitó en ella hasta la muerte.

CAPITULO XXV.

Vida, virtudes y evangélicos Ministerios del Apostólico Misionero Padre Pedro Mendes.

§ I.

Su entrada en la Compañía, y primeros ministerios que en ella ejercitó. Año de 1643.

Aunque en nuestra historia de los triunfos de la fe hicimos larga relación de los trabajos apostólicos que este varón santo muchos años padeció en la predicación del santo Evangelio, entre gentes bárbaras y fieras, y las muchas almas que bautizó y trajo al rebaño de Cristo y de su santa Iglesia; pero no escribimos de propósito su vida, siguiendo el consejo del Espíritu Santo, que nos enseña nos abstengamos de alabar á los que aun todavía peregrinan en esta vida mortal. Pero habiendo ya pasado de ella el Padre Pedro Mendes cuando esta historia se escribe, y habiéndonos dejado los heroicos ejemplos de admirables virtudes que por todo el discurso de su santa vida y prolongados años nos dejó, y por haberlos consumado en nuestra Casa Profesa donde murió, y de cuyos sujetos vamos tratando, juzgamos por propio lugar éste, para escribir más dilatadamente de este apostólico varón, á quien conocí y traté por muchos años, de los que se empleó en la predicación evangélica de las naciones dichas, y fuí testigo de sus admirables virtudes y celo incansable de la salvación de las almas.

Nació el Padre Pedro Mendes en Villaviciosa, Estado de Braganza en el Reino de Portugal; de sus Padres no tenemos noticia, que siempre con particular estudio, por el raro silencio y religioso despego que tuvo de sus parientes, encubrió: aunque bien podemos colegir la bondad del árbol por la bondad y calidad de sus frutos. Y debía de guardar ese silencio de carne y sangre este santo varón, porque hacía más caso y se reconocía por más deudor á la gracia con que desde sus juveniles años le previno el Señor, que obligado á la naturaleza. Porque desde esa tierna edad con fuerte y eficaz vocación le llamó Dios á la religión, y en particular fué grande el afecto que mostró á la de la Compañía, igual á las dificultades que los Padres de la Provincia de Portugal le pusieron, y tales, que para disuadirle ó casi imposibilitarle la entrada, le remitieron el cumplimiento de sus deseos á Roma. No sirvió de freno la dificultad, distancia y peligro de la jornada á sus fervorosos intentos, antes de espuela para conseguir el cumplimiento de sus esperanzas. Determinó, pues, partir á Roma desde Portugal, y ejecutólo con tanta eficacia y fervor, que anduvo la jornada á pie, siendo de diez y ocho á diez y nueve años de edad, sufriendo con singular constancia en tan pocos años las forzosas incomodidades de camino tan largo. Llegó á Roma el año de 1575, siendo Sumo Pontífice Gregorio XIII, y celebrándose aquel año el Jubileo grande, y aun antes de buscar posada se fué á nuestra Casa Profesa de Roma, entró en el aposento de nuestro Padre General, que á la sazón era el Padre Everardo Mercuriano, y echándose á sus piés le pidió ser admitido en la Compañía: concedióle benignamente la licencia que pedía, y remitiólo con cartas á la Provincia de Toledo, para donde salió de Roma á pie y con el mismo fervor con que había caminado para ella. Y fué cosa notable, que habiéndose hallado en Roma en el tiempo del Jubileo santo, concurrieron á aquella Santa Ciudad de todas las provincias del mundo innumerable gentío, así para ganar el Jubileo como para visitar sus estaciones: el mortificado mancebo sin divertir su camino, ni aun su pensamiento, alcanzada la licencia de nuestro Padre General, siguiendo su jornada se volvió á salir por la misma calle por donde entró en Roma, sin llevarle la curiosidad á ver la magnificencia de templos y edificios, que dignamente la constituyen cabeza del mundo. Tales eran las ansias de ver logrados sus deseos, que llegó á ser en él devoción y santidad, lo que en otros pudiera parecer menos afecto á la piedad y religión; no visitando aquellos santos lugares bañados con sangre de mártires, enriquecidos con las más gloriosas prendas de la inmortalidad. Llegó á la ciudad de Placencia, donde fué recibido en la Compañía. Tuvo en aquel Colegio su noviciado, con tan extraordinario fervor y aprovechamiento, que hasta la última vejez le duró el calor de aquel primer fuego del espíritu, siendo el discurso de su vida un continuo noviciado en las delicadezas de la virtud, y su vida de novicio fué anuncio de la perfección y santidad que había de alcanzar. Acabado su noviciado, le ocupó la obediencia en el santo y humilde empleo de leer Gramática (era antes de entrar á la Compañía estudiante de Retórica, y de los más aventajados en el arte, y con el ejercicio y uso de maestro, salió tan eminente en la elocuencia y poesía, que fueron algunas obras suyas con exageración estimadas, así en Madrid como en Placencia; sus versos (en que tenía singular gracia) eran tan fáciles, sentenciosos y graves, que engastó en sus obras el Religioso Julio y Demóstenes cristiano; digo, el venerable Padre Fray Luis de Granada, donde dice: que por ser tales, y de tal autor, los quiso imprimir en sus libros. La misma buena elección y aprecio hizo el Padre Posevino, poniendo entre las raras poesías las del Padre Pedro Mendes. Pero no es mucho saliese tan consumado maestro en las letras humanas, el que por orden de la obediencia se empleó nueve años en este ejercicio, antes que le señalase para mayores estudios de Artes y Teología, con tan gustosa resignación del Padre, y con tan humilde reconocimiento de que no era para más que para aquellos primeros estudios, que si toda la vida le dejaran en ese ministerio, no mostrara la menor repugnancia á los superiores). Mas viendo estos cuán suficiente caudal tenía para los estudios mayores, y conjeturando de tan grande virtud y silencio cuán provechoso sujeto